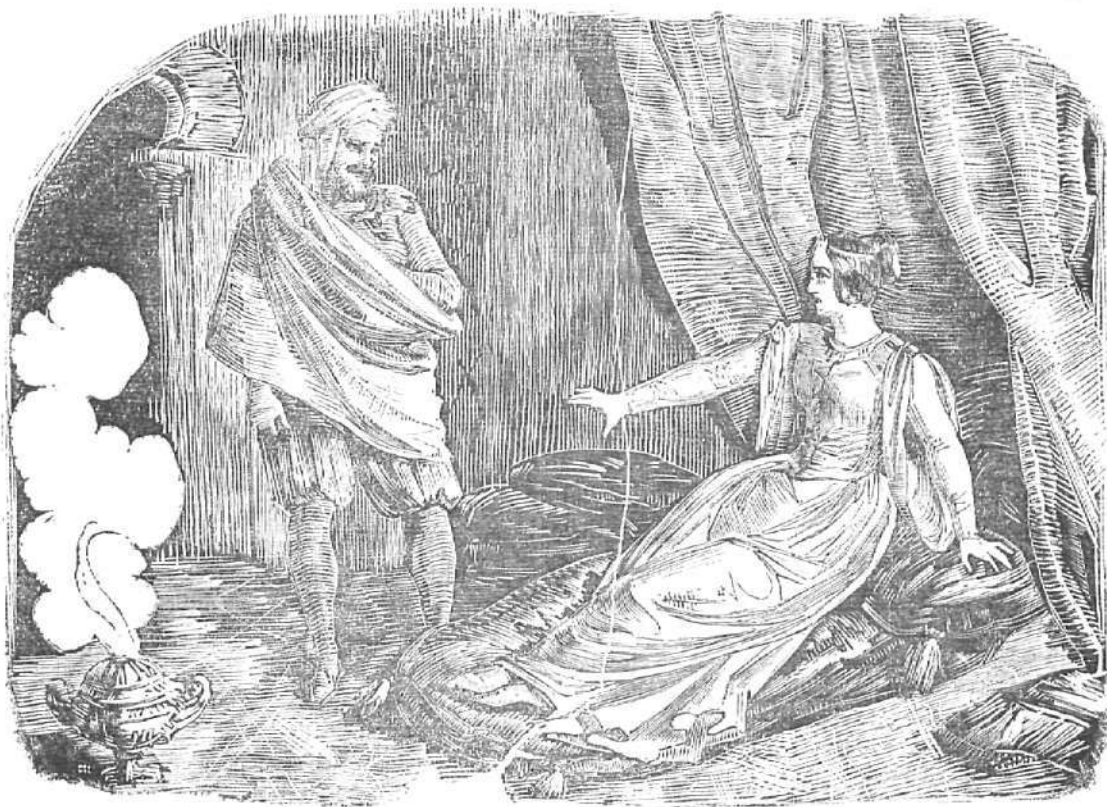




SIGLO XI.

Era un día de júbilo en Toledo. La infanta doña Teresa hermana de D. Alonso V rey de Leon, acababa de llegar seguida de grande acompañamiento. Este modelo de perfeccion, este conjunto de gracias era la prometida esposa de Abdalla que poco tiempo antes se habia proclamado rey de Toledo. Una sonrisa bárbara de placer apareció en el tostado rostro del africano al contemplar dentro de las murallas en que él mandaba al objeto de su amor, al creerse dueño de aquella hermosura mas agradable á su vista que el astro luminoso del dia. Sus fogosos ojos parecia que querian saltar de sus órbitas, revolviéndose en ellas con orgullo y enardecidas con el placer. Se corrieron los toros mas bravos, se jugaron cañas, se echaron multitud de pandorgas y encendiéronse innumerables hogueras. Nada se perdonó para amenizar aquel dia que el moro contaba como el primero de su vida, como el precursor de su felicidad. La estancia destinada para doña Teresa la adornaban los mármoles y el oro, la cachemira y la seda pendian de las paredes, los cogines de terciopelo bordado abundaban por todas partes. Las esencias y perfumes embalsamaban todo el espacio. La mesa fue servida con todo el lujo y prodigalidad oriental, y no se terminó la comida hasta bien entrada la noche.

El modesto semblante de doña Teresa tambien estaba bañado con una sonrisa y jovialidad estremada.

Tambien sentia dentro de sí un noble orgullo. Por ella debia apostatar su esposo y cuantos infieles la cercaban de su primitiva religion, y ella se creia como el nudo que ligaba á Dios aquellos corazones alucinados. Solo bajo una promesa semejante hubiera condescendido en pisar una tierra en que tremolaba el estandarte de Mahoma, ni en dar su mano á un enemigo de la iglesia. Por lo tanto no receló en despedirse de la mayor parte de los suyos, en respirar bajo el mismo techo del que ceñia un turbante, y en admitir con agasajo las manifestaciones de alegría que hacia por ella toda la ciudad. La noche puso término al júbilo y contentamiento; todos los convidados se despidieron de los esposos y doña Teresa trató de descansar. No lo consiguió, Abdalla se presentó en su cuarto, Abdalla no queria retardar la dicha que anhelaba. Abdalla en fin se espresó con doña Teresa en un lenguaje nuevo, con unas espresiones que sus oídos escuchaban por la primera vez. Sin embargo, bien á su pesar conoció las intenciones del africano, bien á su pesar llegó á conocer que solo un apetito brutal le movia á interrumpir el silencio de la noche y á fijar su atrevida planta en el cuarto de una doncella: aunque joven, aunque niña tímida, la virtud alentó su espíritu y con todo el fervor que inspira el catolicismo le dijo: Para ser tu esposa, para condescender con tus deseos, acuérdate de lo que prometiste, arroja lejos de tí ese

turbante símbolo de tu impiedad, recibe tú y los tuyos el agua del bautismo y entonces mátame si quieres si faltó á los deberes de una esposa. Entre tanto huye lejos de mí, no me emponzoñes con tu pestilente aliento, eres un enemigo de mi Dios, adórale y serás mi amigo.

Abdalla quedó por algunos momentos inmóvil y reflexivo. Pero Abdalla era un bárbaro, su pecho enardecía una llama abrasadora, por sus venas circulaba fuego, su enardecida mente la embargaba una sola idea, la idea del placer. Sordo á las razones de doña Teresa apeló á la fuerza y solo la fuerza pudo hacerle dueño de lo que deseaba. La barbárie triunfó de la virtud.

2.º

La afrenta que doña Teresa había recibido necesitaba ser vengada y lo fué. Doña Teresa conservaba en su compañía dos fieles servidores que bien pronto llegaron á conocer por el abatimiento de su señora la causa de su dolor. El amor extraordinario que la profesaban y el espíritu religioso ofuscó su mente, y creyendo ejecutar una obra piadosa no les remordia su conciencia en tratar de abreviar los días de Abdalla por medio de un tósigo. Se le dieron: pero no dieron conocimiento de semejante idea á doña Teresa, teniendo por seguro que esta no condescendería con su proyecto. Hé aquí la causa porque al poco tiempo la salud de Abdalla se debilitó sensiblemente, sus fuerzas se estenuaron, y sus ojos perdieron su brillo y vivacidad. Todo el pueblo miraba en la enfermedad del rey el efecto del castigo divino; unos le atribían á la falta de su palabra, otros como el merecimiento de haber ofrecido abandonar su primitiva ley. El mismo Abdalla, poseído de una profunda preocupacion, también creyó que un efecto sobrenatural motivaba sus dolencias y males, y en cierto modo, trató de reparar su yerro. Consintió en que doña Teresa abandonase su palacio y marchase á reunirse con su hermano, y no por vía de resarcimiento de su ultraje, sino como una muestra del cariño que la profesaba la colmó de ricos dones de oro, telas y piedras preciosas.

Doña Teresa vertiendo un torrente de lágrimas, salió de Toledo acompañada de sus confidentes y de varios soldados africanos, llegó á Leon, donde tomó el hábito religioso en el monasterio de Pelágio. Allí pasó los días de su vida, y allí espiró dejando innumerables recuerdos de su virtud. La mayor parte de sus riquezas las distribuyó entre los pobres. En sus oraciones, siempre rogó al Eterno por la conversión de Abdalla: nada le parecía bastante para purgar la afrenta que había recibido.

El reinado de Abdalla fue muy corto. Vencido por las tropas del rey Hissem, contra quien se había revelado, fué sumergido en una oscura mazmorra.

SIGLO XVII.

El Conde de Villamediana.

En el pintoresco reinado de Felipe IV la poesía no huía como otras veces del Alcázar Real; poeta el soberano de Castilla, si bien con poco éxito á la verdad, gustaba de los amantes de las musas, y he aquí la razón por qué se recitaban con frecuencia en la corte, como con elegancia y maestría nos lo ha demostrado el joven D. Patricio de la Escosura, en el drama que se ha representado estos días titulado *La Corte del Buen Retiro*, las composiciones de Calderon, Góngora, Villamediana, Quevedo y otros que florecían en aquella época con aceptación pública. El rey Felipe gustaba mas de los dos primeros á los que dió señales de su afecto; pero si se divertía con las agudezas de Quevedo, no dejaba de estar prevenido contra sus picantes sátiras que frecuentemente solían dirigirse á él ó á sus favoritos. El vulgo se entusiasmaba en la representación de las comedias de Calderon, de tal suerte que hasta las gentes de los mercados ponían á las frutas y géneros que se vendían el nombre del célebre dramático, para darles mas valor. Quevedo gozaba también del aura popular, porque escribía en el estilo satírico y picaresco con la gracia que siempre ha gustado á los españoles. Góngora fue admirado con justicia hasta que deseoso de adquirir nuevos laureles inventó un estilo llamado por él y los de su escuela culto, que hoy lleva el de gongorino derivado de su nombre. Este género en el que logró por su metaforismo el que nadie le entendiera, fue copiado por desgracia por los poetas de su época, con tanta exageración que corrompieron nuestra bella poesía, y desfiguraron el lenguaje. El conde Villamediana, cuyos amores falsos ó verdaderos, nos pinta el autor de la Corte del Buen Retiro, copió á Góngora y sus versos adolecen del cultismo que empezaba á progresar. Si por lo que llevamos dicho es preciso confesar que Villamediana no fué un poeta esmerado y de buen gusto, no puede negársele una imaginación fecundísima y una sagaz crítica, que manifiesta á primera vista el carácter burlesco y satírico del juvenal de la época del protector del conde duque de Olivares. Para dar una prueba de ello hemos copiado la siguiente, mordáz y acaso calumniosa, sátira que escribió con motivo de la proclamación de Felipe IV, según y como se halla en un códice de la Biblioteca Nacional de esta Corte.

No ha sido sin gran concierto
viendo hurtar tan escusivo,
remedie Felipe el vivo,
lo que no remedió el muerto.
Tengun todos por muy cierto
que no ha de quedar ladrón
que no salga en el padrón
que hoy hace Felipe Cuarto
viéndose así, sin un cuarto
y otros con casa y terrón.

Dilin, dilon, que pasa la procesion.

La procesion se comienza
de privados alevosos
de ministros codiciosos
y hombres de *Rota* conciencia,
no hay sino prestar paciencia.
Todo falsario y ladrón
que á destierro y privación
por tan enormes delitos
no es mucho todos den gritos
obedecer, y chiton.

Dilin, dilon &c.

En primer lugar va *Uceda*
que ha sido ladrón sin tasa
como lo dice su casa
donde ya tañen á queda.
Ya se deshizo la rueda
de su vana presunción,
ya su tirana ambición
se acabó con su poder,
de Dios llegó la merced
á hacer nuestra redención.

Dilin, dilon &c.

El segundo lugar lleva
un mar segundo, ó *Laguna*
que sin vergüenza ninguna
ha dado de su hurtar prueba.
Cosa es por cierto bien nueva
y que causa admiración
que haga casa camaleón
con lo que á todos ha hurtado
siendo consejo de Estado
en ser taur y ladrón.

Dilin, dilon &c.

Ya sale en tercer lugar
el señor *Pedro de Tapia*
persona de buena rápia
aunque fuese en pedernal.
El cuarto sale á ocupar
en esta congregación
Bonal, no mal rapagón
y ya al quinto ha llegado
un ladrón, y otro estremado,
Dios dé á la muerte perdón.

Dilin, dilon &c.

Angulo en el orden sexto
en el hurtar no ha tasado,
de otros dos viene cercado
que le han imitado en esto.
Ziriza va en mejor puesto
mas *Tovar* no fué *Tardon*
todos tres rapantes son
los mejores de Castilla,
que no han hecho *Zedulilla*
sin pillar lindo doblón.

Dilin, dilon &c.

A la procesion vinieron
todos estos con su insignia;
mas viendo ser ignominia,
muchos mas no la trajeron.
No porque tambien no fueron
cual gavilan, cual alcon,
uno gato, y otro uron,

sino por ser mas sagaces
que los pasados rapaces
y recelar su espulsion.

Dilin, dilon &c.

Por guion de estos va *Osuna*
y por cetro *S. German*
ambos linda piedra imán,
y ambos ladrones á una.
Milan llora su fortuna,
Nápoles su destrucción,
y aunque ambos ladrones son,
son de diferente ley,
que al uno castiga el rey
y al otro la inquisición.

Dilin, dilon &c.

Tras estos van en ileras,
Herédia, *Sória* y *Megía*
que cada cual merecía
estar remando en galeras,
otros de varias maneras
y don *Caco de Aragon*,
Salazar y *Calderon*
como ladrones de fama,
siguen, cada una la Rama
mas propia á su inclinación.

Dilin, dilon &c.

La clerecía remata
la procesion, revestida,
que hay clérigos de tal vida
que á unos roban y á otros matan
dicen que librarse tratan;
pero ya es mala ocasión
que la determinación
del rey es, salga primero,
el de *Lerma* y el *Buldero*,
los presos y el confesor.

Dilin, dilon que pasa la procesion.

El satírico conde, al que solian llamar el profeta
de España, por las verdades que decia y lo que pro-
nesticaba, fué víctima del puñal mercenario de un
asesino, á impulso de la envidia, ó segun otros, nue-
vo *Macías* pereció á causa de los tal vez infundados
celos del rey. Los poetas *Lope de Vega*, *Quevedo*,
Góngora, *Jáuregui*, *marques de Alcuquir*, *Tamayo*,
Alarcon y *Mira de Mescua*, compusieron ingeniosos
epitafios á su malogrado compañero, y entre ellos se
hallan los dos siguientes de *Lope de Vega* y de *D. Luis*
de *Góngora*, que aunque impreso el de éste en la mas
rara de las ediciones de sus obras, hemos querido re-
cordarle á nuestros lectores fiados en su indulgencia.

DE VEGA.

Aquí con hado fatal
yace un poeta gentil,
murió casi juvenil
por ser casi juvenil.
Un toscó y fiero puñal
de su edad desfloró el fruto,
riadió al acero tributo;
pero no es la vez primera
que se haya visto que muera,
César al poder de *Bruto*.

DE GÓNGORA.

Mentidero de Madrid
 decidnos : ¿quién mató al conde?
 Ni se sabe ni se esconde,
 sin discurso, discurso discorrid,
 dicen que le mató el Cid,
 por ser el conde Lozano,
 disparate chavacano,
 lo cierto del caso ha sido,
 que el matador fué Bellido,
 y el impulso soberano.

Recomendamos á los que no conociendo las poésias de Villamediana, pretendan saber algunas particularidades de este ingénio del siglo XVII, las obras del señor duque de Rivas, en las que se habla de sus amores y dá á conocer su carácter.—B. S. C.

ADORNOS Y COSTUMBRES

DE LAS

MUGERES ANTIGUAS.

De las tocas.

Habiendo leído en el número 2 del *Museo artístico literario*, un precioso artículo relativo á las costumbres de las mugeres españolas de la edad média, escrito con elegancia por nuestro apreciable amigo don P. Gonzalez, en el que entre otras cosas, refiere la costumbre de llevar las doncellas *tendido el cabello*, y las casadas *recogido bajo una toca*, que cubria con mas ó menos gracia la cabeza y el cuello; hemos juzgado conveniente el completar las noticias que se dan en aquel artículo sobre este adorno, hablando de su origen.

El llevar cubierta la cabeza las mugeres, ha sido en todos tiempos la señal mas característica de la honestidad y de la modestia; las hébreas observaban con escrupulosidad esta costumbre, como se cita en algunos lugares de la sagrada Escritura, entre las que se distingue la madre del Redentor y las santas mugeres. Las egipcias practicaron lo mismo, como se ve en los monumentos, que nos han quedado de ellos. No solamente usaban las tocas las mugeres de estos primitivos pueblos, sino que cubrió con *toca* la cabeza el supremo sacerdote del primero desde Araon, y los graves ministros del culto mitológico del segundo, segun afirmaron Herodoto y Polivio, al tratar de las vestiduras pontificales que acostumbraban á llevar para efectuar los sacrificios.

Al tomar los griegos la religion de los egipcios, pasó tambien á sus sacerdotes la costumbre de las tocas y no tardarian las bellas modestas de aquel pueblo privilegiado, en recoger sus flotantes cabellos bajo el lino, al menos en ocasiones de luto, de tristeza ú recogimiento, pues así se ven en muchos bajos relieves

y medallas que se conservan aun. En las que hizo acuñar Artemisa despues de la muerte de su esposo Mansoleo, se vé su busto con una *toca* que cubre toda la cabeza y el cuello.

Las damas romanas cuyo lujo no puede escederse ya, gustaban tanto de lucir sus peinados y adornos de cabeza, que no contentas con la infinita variedad que dieron á las trenzas de sus cabellos, imitaron no solo los adornos de liturgia, llevando títulos, tiaras, galeros, ciudalos, petalos y otras propias del sacerdocio, y la fascia y diadema imperial, sino hasta el pileo que era el gorro que se ponía á los esclavos cuando se les daba libertad, y la umbela, sombrero parecido al que hoy gastan los andaluces (el calañes ó gacho) que usaban los trabajadores del campo para librarse de los rayos del sol y del agua. En tanta variedad de adornos de cabeza, es preciso conocer hubiese alguno mas humilde propio de las mugeres que huyendo del lujo y vanidad, hiciesen gala de la modestia. En efecto, si para acrecentar el lujo no respetó la vanidad romana las vestiduras de los ministros de los dioses, las matronas menos contaminadas de él y del ocio, para no degenerar de las costumbres de sus mayores, anduvieron con la cabeza cubierta con la *toca*, como se ve en algunas medallas de familias y de la serie de emperadores, entre ellas la de Aurelia, madre de Julio César, de Marcia, de Azzia Julia, madre de Augusto, de Antonia, muger de Druso, y las de Numia Acaja, Diva Faustina, Sabina Augusta y otras. Tambien el lujo admitió la *toca* por moda, y esta es la razon porque se vé en los bustos de algunas emperatrices que nada tuvieron de modestas y recogidas; pero duró poco tiempo, porque la variedad en los adornos de la cabeza fue constante en el imperio romano. Ademas del velo, usaban la *toca* las vestales, que se la quitaban en ciertas festividades, como probaremos al al tratar de ellas en otro artículo. Julio Cesar cuando se le representa con las vestiduras del sacerdocio, está cubierto con la *toca*, y así se halla sobre alguna de sus medallas. La moda de las tocas se generalizó en Roma despues de Constantino entre las damas que abrazaron el cristianismo, pues no queriendo imitar el lujo del paganismo, y sí la humildad que se predicaba en la nueva creencia, eligieron los adornos que adaptándose mas á esta religion se separase mas de aquella.

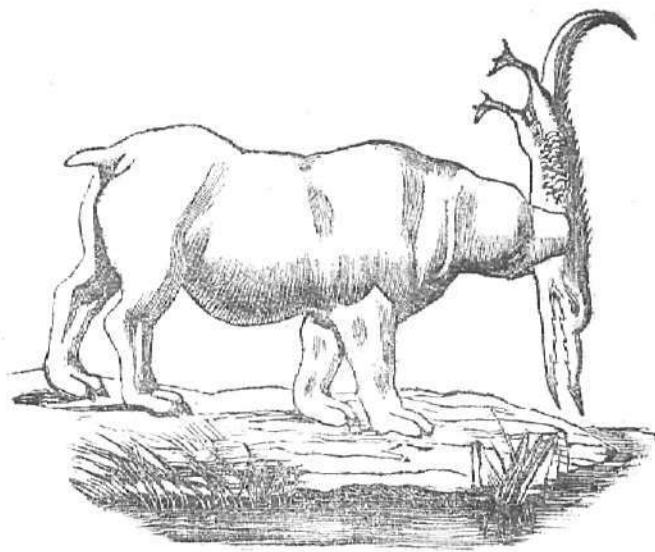
Antes de que se enseñoreasen los Césares con la conquista del pais de los Iberos, ya era costumbre muy antigua el cubrirse la cabeza y el cuello con la *toca*; así lo asegura Estrabon y explica S. Eulogio al tratar del recato y compostura de las antiguas españolas, esceptuando de esta costumbre á las de las provincias Vascongadas, las que de inmemorial se sabe que siempre han llevado desnuda la cabeza, y muchos tiempos (las doncellas) cortado el cabello á raíz con tijera, á escepcion de unos pocos que dejaban sobre la frente y sienes, lo qué afirma Andres de Poza en el capítulo 13 de la antigua lengua de España. Si ya de mucho antes del dominio romano, era esta una cos-

tumbre en España, no es posible se perdiese en el tiempo que imperó en ella, sino que se aumentase; lo que prueba la segunda medalla de plata que cita el erudito Agustino Florez en su preciosa obra de las Medallas Españolas, en la cual se vé un busto de muger con *toca* en representacion de esta nacion, puesto que en el campo de ella se lee *Hispan*, única leyenda que tiene la medalla.

Que en tiempo de los primeros godos se usaron las *tocas* en España, se concibe fácilmente sabiendo que si estos destruyeron las bellezas de sus vencidos, tambien pretendieron copiarles en muchas cosas, particularmente en los trages, y ademas que el cristianismo que habia adoptado esta costumbre habia progresado mucho; pero aunque no hubiese esta razon, se deja conocer que existieron las *tocas* en su tiempo, y aun mas en el de los árabes, por el recitado de S. Eulogio (lib. 12.) al referir las particularidades de Sabigoto y Liliosa, matronas moras que recibieron el bautismo, y porque las cristianas españolas obedecian la doctrina del apóstol S. Pablo, que exigia que se cubriesen las mugeres la cabeza. El almaizar, que es la *toca* con que se cubrian las moriscas españolas, fué llevada tambien por las cristianas; consistía este adorno en un pedazo de seda delgada, listado de muchos colores con

rapacejos en los extremos, el cual rodeaban á la cabeza y bajando por debajo de la barba se ataba á un lado dejando colgando las puntas. Los moros los llevaban atados atras dejando caer las puntas de los rapacejos sobre las espaldas. El nombre de *toca* que damos en España á este adorno, es de origen árabe, segun el padre Guadix, y se deriva de la palabra *Tog*, que significa lo mismo.

Muchos mas datos podríamos citar para probar lo en auge que estuvo esta costumbre en toda la edad média en España; pero remitiendo á nuestros lectores al artículo del *Muséo* ya citado, donde se prueba suficientemente por documentos infalibles, añadiremos solamente que en España se ha usado siempre ya con el nombre de cofias, gorros, ú otros la *toca*, y que la costumbre que se nota en la Mancha, Montañas de Santander, y en la mayor parte de nuestras provincias, de llevar las mugeres un pañuelo á la cabeza, atado por bajo de la barba, no es otra cosa que una reticencia de las *tocas* que usaron nuestras antiguas matronas, y que hoy se conservan en toda su pureza en los monasterios, siendo el principal adorno con que se distinguen, y el prendido de boda de las esposas de Jesucristo.—B. S. C.



DEL HIPPOPOTAMO.

Cuando se compara lo que ARISTÓTELES y PLÍNIO han escrito de este cuadrúpedo, con las figuras que de él han llegado á nosotros, no puede el observador dejar de sorprenderse al ver como semejantes hombres se separaron de la verdad, y sigue la sorpresa advirtiéndole que los recitados de diversos artículos concernientes al propio animal, en nada se adhieren á ARISTÓTELES y PLÍNIO ni se hallan tampoco conformes con los monumentos; pero si esto es raro no lo es menos el que los modernos reprochen á los anti-

guos errores sobre este objeto, cuando aquellos carecieron de los medios de encontrar y estudiar á los Hippopotamos.

HERÓDOTO, DIODORO, STRABON, PAUSANIAS, LUCIANO, PHILOSTRATO, PLUTARCO, AELIANO, AMMIANO, NONNO, DIONISIACO, y otros hablaron de dicho animal y apenas dos coinciden en ideas, lo propio sucede á los modernos.

Entre estos, qué naturalista puede lisonjearse haber visto un Hippopotamo verdadero y vivo? ZEREN-

GHI, citado por Mr. Buffon, asegura haber poseído uno muerto en las riberas del Nilo. Sin embargo, si juzgamos por el grabado que fue sacado en Altrovan- do, no hay nada que pueda dar fe al dicho de ZERENGHI; desengañado Mr. Buffon hizo observaciones nuevas sobre el Hippopotamo; pero no tenía á la vista mas que dos pieles inflamadas de este animal, la una del gabinete de Leyde y la otra del príncipe de Orange, objetos que no pueden satisfacer á un exacto observador.

La falta del conocimiento de los modernos sobre el carácter, usos, costumbres, y configuracion del Hippopotamo, consiste en la rareza de este animal aun en los sitios de que es orijinário. Los errores pueden venir de los que creyendo dar la descripción del Hippopotamo, habrán dado la de otro cuadrúpedo que tenga alguna semejanza con él. Un sábio extranjero en su obra titulada *Defense de Recherch. philosophiq. sur les Ameriq.* par M. de P. p. 98, dijo que muchos naturalistas habian tomado el Tapir por el Hippopotamo, y que él mismo lo habia creído así; pero despues de hacer ultteriores pesquisas sobre el Tapir se habia desengañado, y añade que con relacion al Hippopotamo no hay ninguna figura exacta. Sin duda este sábio ha querido hablar de las figuras del Hippopotamo que los naturalistas modernos han hecho dibujar y grabar, porque para asegurarse de la verdadera figura basta fijar la vista sobre los antiguos monumentos en que está representado, los que siendo la mayor parte egipcios, ó copias de monumentos egipcios, se hallan revestidos de un caracter de autenticidad incontestable.

Los monumentos mas célebres en que se ve el Hippopotamo son; el Mosaico de Palestrina, (antigüedades de Herculano, T. 1. p. 263,) en las medallas de Claudio en mediano bronce, de OTACILIA en gran bronce, de MAMEA, y de HADRIANO en gran bronce, bajo relieve bajo la estatua del Nilo en Beivedere, cuya copia se ve en el jardín de las Tullerias, bajo relieve de tierra cocida del gabinete ANDREINI, publicado por GORI en el primer volumen de su coleccion de inscripciones pl. 19 y en el museo capitolino T. 3. Tabl. 90. Las 4 medallas que se citan en este artículo existen en la Biblioteca nacional de donde hemos sacado el dibujo que va á la cabeza de este artículo, y ademas algunas piedras grabadas en las que se le ve frecuentemente con un caiman en la boca de quien parece ser enemigo el Hippopotamo, atendiendo á que comunmente se le representa en pugna con él.

CERVANTES EN MADRID.

AÑO DE 1604.

Eran las dos de la noche: todo Madrid se entregaba pácifico al sueño y al descanso. El silencio mas

profundo reinaba en sus calles, sin embargo, la del Niño presenciaba á aquella hora una escena horrorosa, una escena de dolor. Cuatro bandidos atacaban impunemente á un pobre anciano á quien no arredraban sus años para dirigirles las mayores imprecaciones, y hubiera perecido á sus manos, si la casualidad, ó quizá el cielo, no le hubiera deparado un defensor que se le presentó en aquella ocasión. Era un jóven de figura noble y de un corazon generoso, un jóven que no pudiendo mirar con indiferencia el atropello que se hacia en la persona del anciano, se adelantó hácia los asesinos diciéndoles:

Vuestra villanía se manifiesta desde luego, cuando atropellais de ese modo á un anciano indefenso, y acompañaba sus palabras de fuertes cuchilladas sobre las espaldas de uno de los combatientes.

Caballero respondió el otro, las palabras de vd. son demasiado insultantes, lo mismo que sus maneras, déjenos en paz y prosiga vd. su camino.

Defendeos, interrumpió el jóven, avalanzándose con ímpetu á los asesinos, y fue tal su valor y destreza, que dos de ellos cayeron muertos, y la sangre corrió por todo aquel sitio.

Algunos minutos despues no se veía en la calle sino dos cadáveres, y el combate se habia concluido.

Me habeis salvado, dijo el anciano apretando la mano de su bienhechor, y os digo en verdad, que la sangre que circula por mis venas, y los dias que me restan de vida, os pertenecen desde este momento.

Nada teneis que agradecerme, respondió el jóven, lo que he hecho con vos lo hubiera hecho con otro cualquiera, es uno de los servicios que ordenan la humanidad y la religion, y es agradable á los ojos de Dios.

Pero decidme al menos jóven..... ¿Sois español, sois madrileño? ¿Permaneceris algun tiempo en Madrid?

Soy de Alcalá de Henares en Castilla la Nueva, y hace un mes que vivo en Madrid.

¿Alcalá de Henares, interrumpió el anciano!! ¿Y vuestro nombre? Decídmelo sin recelo, si encierra algun secreto no lo descubriré, concededme esta gracia para pronunciarlo todos los dias en mis oraciones.

Me llamo Juan Martinez.

¿Juan Martinez...! ¿Se llamaba tambien así vuestro padre? Replicó el anciano todo conmovido... Sí, yo le conocia.

Ha muerto, le contestó el jóven.

Lo sé, dijo el anciano, pero hablemos de otra cosa. Los muertos son mas dichosos que nosotros, y en vez de llorarlos, deberiamos envidiar los sepulcros donde reposan sus cenizas para siempre. Mirad, mi casa está cerca de aquí, un ángel me espera en ella, luego que la veais no podreis menos de amarla como yo la amo; venid conmigo, quiero que la conozcaís, y quiero tambien que ella dé las gracias al que ha salvado la vida á su anciano tio. La pobre niña temblará toda al verme manchado de sangre, pero yo la cal-

maré y la diré vuestro nombre, para que ruegue á Dios por vos.

Venid conmigo á la vuelta de esta calle, en la de Francos está mi casa, en ella podreis descansar. El joven le siguió, y efectivamente, á pocos pasos de distancia pudo ver la habitacion del anciano, cuyo aspecto era bastante pobre. El anciano abrió la puerta, apretó otra vez la mano de su libertador y le dijo: "Soy Miguel Cervantes, de quien ya habreis oido hablar en otras ocasiones. Esta es mi casa, siempre que os dignáreis venir á ella, sereis bien recibido.

No conozco vuestro nombre, respondió el joven con ironía, pero procuraré recordarlo, Miguel Cervantes, calle de Francos, no se me olvidarán las señas dijo entre sí. — No las podeis equivocar replicó el viejo, esquina á la calle del Leon número 20 y 21. Hasta mañana dijo el joven, y se marchó... Si, le conozco, exclamó luego que se vió solo, conozco ese nombre, pero no conseguiré tu orgullo que te lo diga, ¿que me importan las coronas de gloria que ciñen tu frente? ¿No has echado tú sobre la de mi familia una mancha que ni tu misma sangre puede lavar? Creias sin duda que iba á inclinarme en tu presencia, solo porque me decias soy Miguel Cervantes. Sí, me inclinaré delante de tí, pero será cuando logre verte atravesado y muerto á mis pies. Los cielos han permitido que te haya libertado de un asesinato, para que pueda quitarte la vida noblemente. Padre mio, he hallado por fin al hombre que ha acortado tus bellos dias, antes de morir me hiciste acercar á tu lecho y me dijiste levantando tus manos para bendecirme, hijo mio, eres aun muy niño, pero llegará un dia en que tus brazos ahora tiernos podrán sostener el peso de una espada, entonces cogerás esta que no ha podido defender á tu padre, y tu brazo conseguirá lo que ella no ha podido conseguir; matarás al que ha deshonrado á mi hermana, escucha bien mis palabras, yo te dejo para siempre, y miero confiado en tu honor, no te veré ya mas, á Dios.

Estos recuerdos le arrancaron varias lágrimas de dolor, y llevado de su ira exclamó: Sí, yo te mataré como tú has muerto á mi padre, y este quedará vengado. Entró en su cuarto, y abrió las ventanas quedando absorto por algun tiempo en sus meditaciones, pero poco á poco renació la calma en su imaginacion, y acordándose de la que amaba, no pudo menos de exclamar, Catalina, Catalina mia, te he olvidado hoy enteramente, no he pensado en tí como lo tengo de costumbre, ángel mio, yo te he amado y te amaré siempre aunque no te lo he dicho mas que una vez; pero he encontrado hoy al asesino de mi padre á quien amé tanto como á tí: cerró despues sus ventanas, se arrodilló delante de un crucifijo, y pronunció algunas palabras entre las que se oyó con frecuencia el nombre de Catalina, y despues se echó á descansar.

Al medio dia fue á casa de Miguel Cervantes, y al llamar á su puerta vió con sorpresa que salia á recibirle una hermosa joven que al reconocerle retrocedió como asustada... era Catalina. Vuelta en sí le echó

una mirada penetrante, pero el joven continuó guardando silencio, hasta que Catalina le preguntó con dulzura, ¿que buscáis en esta casa? Es cierto le contestó que he tenido un placer en encontraros, pero no sois vos la que me guía á este sitio: ayer por la noche encontré á un hombre llamado Miguel Cervantes á quien á fuerza de instancias, ofrecí que vendría á visitar, y vengo hoy á cumplirle mi palabra.

¿Cómo! ¿Sereis vos acaso el que salvó la vida á mi tío! exclamó Catalina loca de contento, si vos sois entrad, entrad, mi tío me lo ha contado todo, y sin conoceros no he cesado de bendeciros. Juan entró en la habitacion de Cervantes, y Catalina buscando en sus miradas el amor del joven, le dijo, ¿tienes presente lo que me dijiste en una ocasion que recibirias un favor celestial en pasar una sola hora á mi lado, y morir despues? Pues bien el cielo te ha otorgado ya esa gracia, y sin embargo...

Catalina, sin duda ignoráis el motivo que me trae á este lugar.

¿Que decís?

Os digo Catalina que vengo á matar al hombre á quien salvé ayer la vida, y que no saldré de aquí sin conseguirlo.

¡Matar á mi tío, exclamó Catalina fuera de sí...!

Sí, matar á tu tío que ha muerto á mi padre.

Catalina cubrió su rostro con las manos, y sus ojos estaban anegados en llanto. Despues de un largo silencio le dijo Catalina, yo os creia bueno y generoso, pero me he engañado, y ya... salid de este sitio que quereis regar con la sangre de un anciano salid; Juan, yo os lo mando.

Catalina, él ha muerto á mi padre.

Vos no me amais, no: si me amárais olvidariais vuestro resentimiento, ó al menos lo reprimiriais: el que mató á vuestro padre era un joven, ahora es un anciano. Bien pronto le acabarán sus años y remordimientos; estos nadie los penetra mejor que yo que le veo llorar todos los dias. Id á la iglesia inmediata allí le encontraréis regando el suelo con sus lágrimas: ¿si le matais que ra á ser de mí que no tengo mas amparo que el suyo? Moriré con él, y con su muerte hareis dos víctimas..... ¿pero tú me amas, no es verdad Juan? Tú me amas, y si imploro tu piedad me la concederás, sí... ten piedad de él, tenla tambien de mí.

En este momento tocan á la puerta, eran dos hombres que conducian en unas angarillas á un anciano moribundo.

¡Tío mio! exclamó entónces Catalina.

Cervantes probó á levantar la cabeza, y alargando su trémula mano, á Juan le dijo: "Jóven me has muerto sin querer, como yo maté en otra ocasion á alguno de tu familia, mis súplicas habian adormecido mis remordimientos algun tanto, tú los has despertado, y sucumbo á su peso." Su cabeza volvió á inclinarse, sus ojos se cerraron, y Cervantes no existia ya.

Roguemos por él á Dios, dijo entónces Juan arrojándose ante el cadáver.

Roguemos por él contestó Catalina.

A una Mujer.

Es mas grato muger al pecho mio
de tu lábio la plácida sonrisa
que á la marchita flor vital rocío :
que en ardoroso estío
el soplo balagador de fresca brisa.

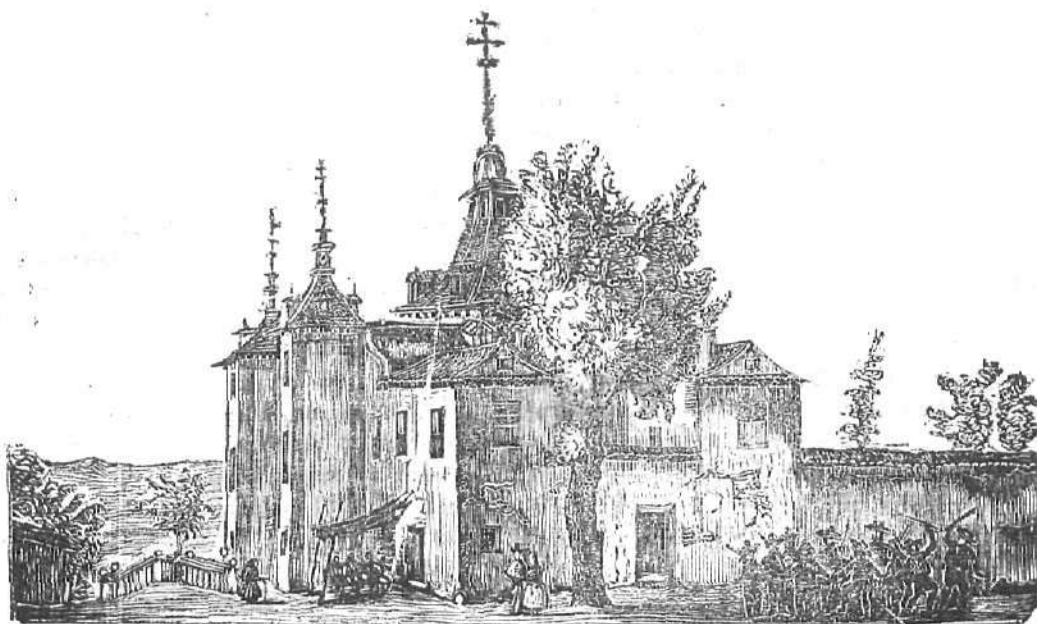
Ese perfume que tu ser rodea
que envuelve tu figura misteriosa
en vaga nube de jazmin y rosa,
hace muger que vea
no una mortal en tí, sino una diosa.

Mas que la aroma que el clavel exhala
es grato de tu seno el azahar :
mas dulce que de pálida azucena
es la blancura de tu linda faz.
Tierno es tu acento como el dólido canto
que modula en las ramas del ciprés
el viudo ruiseñor, cual de una madre
tu lánguida mirada, ó virgen, es.

Yo deliré una muger
formada de nieve y rosa,
un ensueño celestial
realizado por mi mal
ó por mi ventura en tí.
Porque eres muger la fada,
la misteriosa beldad
que forjé en mi desvarío,
la que sobre el lábio mio
clavó el suyo de rubí.

Pálida como el cirio funerario
que baña de luz tibia en el osario
el fúnebre atahud.
Con tu aemónico acento, virgen pura,
remedas el sonido de dulzura
de lejano laud.

Humedecida por vital rocío,
abre su cáliz la purpúrea flor
al soplo matinal de fresca brisa.
Adoro tu beldad ídolo mio
cuando asema á tus lábios la sonrisa
y á tu frente la tinta del pudor.—A.

**VIRGEN DEL PUERTO.**

Esta ermita situada á la orilla izquierda del rio Manzanares, cerca del puente de Segovia, y al principio de una amena alameda por bajo del camino de Castilla, fué fundada por el marques de Vadillo en 1728, siendo corregidor de Madrid, cuyo sepulcro se halla en la iglesia, que es de sencilla, pero buena arquitectura. En esta alameda se halla un cómodo lavadero todo de piedra berroqueña bien labrada, construido de órden de Carlos III para los dependientes de palacio y Guardia real, hoy es el sitio donde van á lavar los soldados. Los domingos se reunen en esta hermosa alameda, lo mejor de Madrid, los labriegos de las provincias del Oeste á bailar segun su costumbre, y entre las muchas músicas que alegran aquel sitio, so-

bresalen el alegre pandero de los montañeses, y la dulzaina y odre gallego, siguiendo los compases de la muñeyra. Los cantares históricos de los asturianos en su singular danza prima, hacen recordar los himnos que se cantaban en los primeros tiempos en alabanza de los héroes. Con motivo de la festividad de S. Antonio, día que se visita su ermita, á algunos pasos de distancia de este sitio, se halla muy concurrida esta alameda, en la que se celebran muchas comidas y meriendas campestres por la gente inferior.

EDITOR RESPONSABLE. R. SOLA.

IMPRENTA DE LA COMPAÑIA TIPOGRAFICA
Calle del Leon, núm. 21.—MADRID: 1837.